

ellos son muy inferiores a su lado. Estamos para calificarlos con el Catedrático de la Universidad de Chile, Claudio Rosales, quien al referirse a las enemistades de don Enrique dice: «Ellos le denigran y le ladran como gozquillos de arrabal. ¿Por qué? porque no ha tenido la debilidad de abrogar en su beneficio su código de moral. Con sólo mencionarlos se les haría un honor inmerecido». (Confesión Filosófica, pág. 29).

Sin embargo, así como ha tenido que lamentar incomprendiones y ataques enconados, también ha tenido en su vida grandes satisfacciones. Ya he traído a colación los homenajes de que le hicieron objeto en Concepción el año 1935. Pero como ya don Enrique ha cumplido sus Bodas de Oro de Maestro el año pasado, con esta ocasión la Universidad, el Liceo y la Municipalidad de Concepción, y en Santiago la Universidad de Chile, la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual, la Sociedad de Escritores de Chile, la Alianza de Intelectuales, el P.E.N. Club de Chile y la Sociedad Nacional de Profesores, le rindieron homenajes públicos en tal magnitud y significación que no ha tenido otro chileno maestro y pensador en este siglo. Como si esto fuera poco, también es miembro de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile, Oficial de Instrucción Pública de Francia, Caballero de la Corona de Italia, Miembro Honorario de la Sociedad Científica Argentina y quizás cuántos títulos honoríficos más.

Señoras y señores, con este bosquejo de lo que ha sido y es don Enrique Molina, estimamos haber cumplido la honrosa misión que nos asignó el Ateneo, y dejémoslo que en esta ocasión dé a conocer una vez más sus condiciones de filósofo y enjuiciador del pensamiento humano. al relatarnos la vida e ideas de Federico Nietzsche».

<https://doi.org/10.29393/At233-197SZRA10197>

DEL SEÑOR ZENOBIO GUTIÉRREZ JARA

«Ha llegado hasta nosotros un huésped ilustre que Temuco recibe con el cariño y el respeto que merecen los grandes

hombres. Me refiero a don Enrique Molina, ilustre en cuanto a educador, a hombre de letras y en cuanto a don de gentes.

Es por todas estas grandes condiciones suyas, que don Enrique Molina se ha ganado un lugar muy alto en el corazón y la mente de los estudiantes; no hay tal vez, dentro del país, quien supere a nuestro huésped en el cariño y en el respeto que le profesa el alumnado.

Naturalmente que su influencia no ha podido quedar circunscrita a sus alumnos; hay inteligencias cuyas irradiaciones envuelven con el calor de sus conocimientos y su bondad, no solamente a un grupo o sector, sino a un conglomerado de personas cada vez mayor. Tal es el caso de don Enrique Molina.

En todas las esferas sociales y en los diversos campos del conocimiento, de alguna u otra manera, la influencia de este hombre se ha hecho presente.

Es posible que no haya mejor galardón para un hombre, que el que se le conozca y se le considere tanto en los altos círculos intelectuales, como en los hogares sencillos, modestos, donde el jefe es un obrero o un pequeño industrial, un comerciante o un empleado, no son los caracteres de fuego o de pasión de los líderes políticos, sino en el tranquilo y reposado terreno de quienes han dejado enseñanzas, bellos ejemplos, es decir, a través de aquella suave y perdurable influencia que deja en las almas el maestro.

Es por eso que hoy están reunidos aquí para ofreceros el homenaje de su reconocimiento y aprecio, no solamente vuestros alumnos o ex alumnos, sino todos los sectores representativos de esta ciudad.

Concepción es, sin duda alguna, una de las ciudades de mayor personalidad entre las ciudades y pueblos del país. Esta personalidad, aparte de blasones y de un lugar muy destacado que le ha cabido en la historia nacional, se debe a sus instituciones propias, entre las que se destaca con relieves especialísimos su Universidad y su Liceo, de los cuales don Enrique Molina ha sido alma y vida.

Temuco, señor Molina, os recibe con los brazos abiertos. Esta ciudad, que está trazando recién sus líneas de tal, a quien alguien llamó «la ciudad de los malones», recordando los tiempos no muy lejanos en que el indio raptaba por el sencillo expediente de la fuerza bruta a las doncellas blancas del lugar, ha ido subiendo con el esfuerzo generoso de sus habitantes, a un lugar cada vez más alto en nuestra patria.

Temuco, señor, es el centro de una zona que figura a la cabeza de los rubros estadísticos del país, en cuanto a producción agrícola y ganadera. El esfuerzo del agricultor, especialmente del parcelero, del hijuelero y del mediero, han hecho posible este milagro. En el campo intelectual, por muchas razones, Cautín tiene un lugar de honor. Pues bien, señor, a nombre de todos los sectores locales, como Alcalde de la ciudad, os doy la más calurosa y sincera acogida.

Por vuestra felicidad personal y por el gusto de teneros entre nosotros, brindo esta copa».

DEL SEÑOR CARLOS ALVEAR

«Cuenta la leyenda que cuando un día llegó Sócrates a Atenas, lo salieron a recibir las doncellas atenienses ataviadas de mirto, llevando en sus manos de marfil, guirnaldas tejidas por las vestales.

El anciano filósofo emocionado, por tan inesperado recibimiento, se acercó al templo de Venus y depositó allí, como un homenaje a la belleza, las flores que le habían arrojado sobre su frente, nimbada con los fulgores del genio.

Los pebeteros de oro de la diosa humearon con el incienso que las vestales arrojaban en sus encendidos carbones, perfumando el ambiente, mientras Sócrates deshojaba ante los altares el ramo de mirto que llevaba entre sus manos aristócratas.

Hoy, señores, hemos recibido nosotros en nuestra joven ciudad de Temuco, que no ostenta más blasones que su es-